

DESARROLLO ECONÓMICO Y RELACIONES SOCIALES¹.

ANÍBAL PINTO

El análisis de las relaciones entre la estructura económica y la organización sociopolítica tiene un campo atrayente al enfocar la evolución de Chile, tanto por la simetría de las transformaciones en ambos planos que se discierne en algunos períodos como por los contrastes o desajustes que se verifican en otros.

La dedicación general y que sirve de guía en el trabajo, puede resumirse así: en el caso chileno manifiesta desde antiguo un relativo adelanto de la organización social y las formas institucionales respecto a los cambios en el nivel de la estructura económica, disociación que tiende a agudizarse en los dos últimos decenios. Esta hipótesis —que no pretende ser novedosa— no sólo tiene importancia evidente para la comprensión de la realidad actual del país sino que también es muy útil para examinar otras experiencias latinoamericanas, donde parece resaltar el fenómeno inverso, esto es, el de cambios relativamente rápidos y profundos de la base productiva y un rezago meridiano en la adecuación correspondiente de las condiciones sociales y políticas.

Para plantear el problema conviene situarlo en el marco histórico de Chile independiente. Y distinguir en ese curso algunas etapas significativas para el enfoque que elegimos. Muchos de los aspectos a destacar fueron asunto de una obra más extensa,² de manera que en

¹ Este trabajo constituye una versión ampliada y actualizada del artículo publicado en *El Trimestre Económico*, núm. 120, México, octubre-diciembre de 1963.

² *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Ed. Universitaria.

este trabajo, más limitado en sus propósitos, sólo repetiremos algunos trazos gruesos del examen, ampliando las condiciones más pertinentes para el tema.

Si se detiene la vista en la primera fase del decurso chileno, después de salvados los escollos y los ajustes para la independencia, o sea la que se abre alrededor de 1830 y se cierra en el decenio de los 60, se perfila nítidamente una diferencia muy marcada con la experiencia común en la mayor parte de la América Latina. Ella estriba en que Chile pudo escapar a la casi inevitable etapa "caudillista-militar", por lo menos relativamente. En efecto, Diego Portales consolidó una autoridad civil que, al margen de las excepciones legítimas que pueden levantarse en un escrutinio aislado, consiguió lo que otras repúblicas de la América Latina no alcanzaron: definir los predomnios de clase de conformidad con las circunstancias objetivas del momento.³ Portales los puso en evidencia —y allí se apoyó el predominio de la clase terrateniente— no por medio de algún líder uniformado, aunque los hubo, sino que por medio de una representación civil, en un "Estado de forma". En otras palabras, detectó dónde residía el poder efectivo según la estructura económica y lo "racionalizó" políticamente. Otros países, en cambio, no consiguieron formalizar la tutela objetiva de los terratenientes en una expresión "civil" y tuvieron que vivir la etapa más o menos prolongada de caudillos y dictadores, que si bien respondían en el fondo a los intereses de los grandes propietarios, introducían un alto grado de inestabilidad a causa del personalismo y del papel de la fuerza armada.

¿Por qué se dio ese "modelo político" en Chile?

Pocos han tratado de explicarlo. Sin dejar de la mano la influencia de las personalidades, pista débil en lo general, pero sin duda importante en los nudos estratégicos

³ Diego Portales sólo fue Ministro en dos oportunidades en el decenio 1830-40. La primera vez entre 1830 y 1831; la segunda, entre 1835 y 1837. Sin embargo, fue la influencia dominante en ese periodo formativo de la república.

e inciertos de la cadena histórica,⁴ podrían barajarse varias hipótesis: la "maquinaria" de la administración colonial fue menos desarmada; el "feudalismo" agrario era más débil debido a la relativa pobreza de los terratenientes; la antigua y proseguida guerra contra los indígenas habría creado una armazón nacional más integrada. Y puede seguir especulándose.

Aunque los historiadores liberales crearon una leyenda negra de la "república conservadora", juzgando sus aspectos políticos a la luz de patrones europeos sin actualidad, lo cierto es que la política económica de esos decenios podría calificarse de marcadamente "progresista" para su tiempo. Se planteó y puso en práctica una conducta muy activa del Estado, con una orientación proteccionista declarada y extendida a responsabilidades tan heterodoxas como el establecimiento de los primeros ferrocarriles públicos en la América Latina.

¿Cómo puede conciliarse esa tendencia con el que podríamos llamar "contenido de clase" del interregno conservador? Parece razonable la hipótesis de que aquella política económica era la prolongación de las ideas dominantes en los medios intelectuales y administrativos del régimen colonial depuesto, de cepa mercantilista y estatista a su modo.⁵ Lo que ocurrió, como fue intuido agudamente por Subercaseaux,⁶ es que los españoles concebían el mercantilismo y la acción oficial "al revés", o sea para beneficio de la metrópoli y los dirigentes del gobierno independiente los aplicaron "al derecho", esto es, en función de los intereses de la joven república. Todo este esquema fue progresivamente socavado por

⁴ ¿Quién podría negar que un Lenin, un Churchill, un Stalin, un Hitler, un Roosevelt, un De Gaulle, o un Sarmiento, un Bolívar, un Portales, o un Alessandri, un Perón o un Fidel algo o mucho tienen que ver con la fisonomía de los hechos?

⁵ Véase al respecto Robert Will, "La política económica de Chile, 1810-64", en *El Trimestre Económico*, núm. 106, México, abril-junio de 1960.

⁶ G. Subercaseaux, *Historia de las doctrinas económicas en América Latina y en especial en Chile* (1924).

las derivaciones de la rápida y vigorosa integración del sistema productivo chileno en el comercio internacional. Por una parte, ese proceso acarreo la aplicación o desarrollo inusitado de diversas actividades exportadoras, principalmente mineras pero también agrícolas, a lo que se agregó el consiguiente aumento de la corriente de importaciones y la maraña de servicios financieros y comerciales asociados al tráfico externo. De la mano con lo anterior, como es obvio, causó la emergencia de grupos, individuos e intereses ajenos al clan terrateniente y al aparato burocrático, ejes del régimen conservador, como también la invasión de las ideas francesas en lo político y de las inglesas en lo económico, esto es, todo el credo "iluminista" y "librecambista" que había de dominar el siglo.

El cambio de circunstancias, además de trastocar las bases objetivas de la república "portaliana", abrió perspectivas económicas y políticas evidentemente atractivas. En vez del escarpado sendero, probablemente intransitable en las condiciones de ese tiempo, de una eventual expansión industrial, se abrió el ancho camino de la exportación de bienes primarios hasta ese entonces ignorados o subestimados, en cambio de los cuales podría obtenerse la variedad de mercancías que producían las economías más avanzadas, sobre todo los artículos de consumo refinado de origen europeo que reclamaban los enriquecidos mineros y agricultores incorporados al nuevo modelo de desarrollo.

La "república liberal" que sucedió a los decenios conservadores (podría situarse entre 1860 y 1920) implicó y correspondió a una "diversificación" del contenido social de la coalición dominante, pero siempre la dejó circunscrita a una oligarquía estrecha, pero no cerrada,⁷ con claros intereses comunes, que sobrepasaban

⁷ A diferencia, o en menor grado, que otras oligarquías latinoamericanas, la chilena no ha sido excluyente respecto a las personas. El dinero, el talento o funciones políticas o públicas han servido de llave para el ingreso. Lo que se modificaba menos era *el contenido* de intereses, actitudes, hábitos,

sus roces "sectoriales". Equivocado —o por lo menos desmedido— sería percibir en sus querellas intestinas y continuas un reflejo de las contradicciones entre burguesía y terratenientes a la manera de los países europeos, como lo hicieron algunos autores. Por debajo de las apariencias políticas estaba el "fundente" primordial, que era el compromiso y participación en el modelo exportador. A este respecto es útil tener en cuenta que los productos agrícolas, especialmente el trigo, constituyeron fracción significativa durante el siglo pasado en la pauta del intercambio. Y más importante aún: que la agricultura (y piénsese en los terratenientes, conservadores de preferencia) "exportaba" después a la región salitrera, otro lazo profundo y poco aquilatado de su vinculación al sector externo.⁸

LAS PROYECCIONES DEL SALITRE

Podría pensarse que la guerra del Pacífico (1879) y su principal consecuencia, la incorporación del salitre a la economía chilena, no alteró mayormente el patrón del desenvolvimiento anterior ni su representación social, por cuanto, a la postre, sólo creó una base más amplia y próspera para el esquema tradicional. Así es, en cierto grado, pero, al mismo tiempo, la expansión "cuantitativa", del clan rector. En otras palabras, con las debidas credenciales, era posible franquear la puerta estrecha, siempre que se conocieran y respetaran las "reglas del club". Esta circunstancia ha tenido una evidente significación política, tanto para limar las tensiones como para promover el arribismo —y la deserción, desde los estratos rezagados. Se vuelve sobre este punto más adelante (véase p. 25).

⁸ El profesor Medina Echavarría en el estudio "Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina", se refiere al clásico conflicto entre liberales y conservadores en la región, aludiendo a las "atenuaciones y compromisos" que lo caracterizan en Chile. La razón principal de esa evolución reside en lo expuesto arriba en el texto. La misma influencia habría gravitado en los demás países según el distinguido sociólogo, pero señala que ella se hace sentir con posterioridad: alrededor de 1860 y después.

tiva" del sistema provocó a la larga algunos cambios cualitativos que están en la raíz de la evolución posterior.

Para aquilatar esta cuestión conviene examinar más detenidamente algunas características *sui generis* del núcleo de la exportación chilena, la minería del salitre. Esta, como se sabe, a poco correr después de la guerra del Pacífico pasó a ser controlada casi totalmente por el capital extranjero, tanto en su explotación como en sus operaciones comerciales. No hubo, pues, un dominio nacional del sector más productivo, como ocurrió en los países del Atlántico, por ejemplo, por más que allí estuviera restringido en muchos aspectos por el control ajeno de la comercialización. De este modo, la clase dirigente chilena quedó en gran medida separada de aquellas actividades lucrativas—salvo en lo que respecta a compromisos individuales, en calidad de abogados, gestores o proveedores del sector. Su base económica fue, por lo tanto, más débil que la correspondiente a la "oligarquía vacuna" del Río de la Plata o a los azucareros o cafetaleros del Brasil. Probablemente esto tiene algo que ver con la "flexibilidad" de la derecha chilena, aspecto al que haremos referencia posteriormente. Por otro lado, aquel dominio extranjero debía ser retribuido, lo que representó una disminución del sostén material de la "superestructura" social y política que emergió en esa fase.

La distribución de ingresos entre los inversionistas y el país debe haber sido más favorable que en un típico caso de factoría o enclave extranjero. Había un Estado nacional organizado, con un grado no despreciable de autonomía y que había alcanzado un nivel relativamente alto de crecimiento por la medida latinoamericana. Sin embargo, lo más importante en este cuadro—y lo peculiar en el arreglo chileno—estriba en que *es el gobierno y no los propietarios nacionales del sector exportador* el agente que administra, gasta y distribuye una fracción considerable de la renta generada por el intercambio exterior.

Para esclarecer este punto—a nuestro juicio de enor-

me significación—, podemos comparar el "modelo chileno" con el argentino en ese respecto. Imaginemos que en ambos casos el valor creado por la exportación era igual a 100. Supongamos ahora que ese ingreso bruto *geográfico* se repartía, para simplificar y en primera instancia, entre utilidades y salarios. La diferencia que notamos de partida al contrastar los casos es que en uno, el de Chile, la parte de las utilidades que fluía al exterior debe haber sido más alta por la propiedad foránea de las empresas mineras. Esto es, en términos de contabilidad económica, el ingreso *nacional* resulta bastante menor que el *geográfico* en comparación con la Argentina.⁹ Por otro lado, que es el que nos interesa en este momento, mientras en la Argentina la parte de las utilidades que "quedaba en casa" iba a los bolsillos de los empresarios diversos del sector, en lo que respecta a Chile ella entraba y se diseminaba en su economía por los canales ligados de la tributación y el gasto fiscales. Naturalmente, en la Argentina, como en otras economías en parecida situación, el Estado también participaba en ese proceso, pero, insistimos, no era el agente primordial del mismo. He ahí la raíz del contraste.

Tal composición de hecho tuvo importantes proyecciones económicas y sociales. Al canalizarse hacia el Estado una parte significativa del ingreso nacional se creó una estructura de demanda y de empleo de los recursos bastante diferente a la que habría existido de haber ido esas rentas a las manos de propietarios nacionales. El gasto fiscal contribuyó a la ampliación de

⁹ Lo que podría preguntarse con alguna razón es si la participación de los salarios no era mayor en Chile por las características de la explotación minera (bien diferente en cuanto a uso y retribución de la mano de obra que la gran propiedad cerealera o ganadera). En este caso, la diferencia entre ingreso geográfico y nacional se reduciría. No obstante, el otro problema no varía: siempre queda en pie que el gobierno, en el caso de Chile, era el que "administraba" parte considerable del ingreso externo.

servicios públicos y de los grupos sociales dependientes en una u otra forma de ese tipo de dispendios. Esto es, junto al efecto de la expansión exportadora-importadora sobre los servicios privados, se expresó el otro derivado de la actividad estatal, cooperando ambos para el desarrollo de diversos sectores de "clase media", concentrados en los principales centros urbanos.

No parece aventurado relacionar esa evolución con la "entrada en escena", hacia fines del siglo, de las agrupaciones políticas representativas de esos nuevos segmentos sociales, o sea los partidos radical y demócrata.

Pero hay otra faceta clave en el desarrollo del sector exportador chileno: la gestación de un proletariado combativo y numeroso. Para explicar esta circunstancia, también muy distintiva en esa etapa de la evolución latinoamericana, deben tenerse en cuenta algunas particularidades de la explotación salitrera, que tuvo lugar, desde luego, en las provincias del extremo norte, relativamente despobladas, de manera que hubo de trasladarse a la región, desde el centro y el sur, casi toda la fuerza de trabajo necesaria. Ella dependía por completo del abastecimiento exterior o extrarregional; las condiciones de labor eran muy duras y las bruscas y continuas oscilaciones del intercambio creaban periódicas olas de desempleo en las que miles de familias sin recursos se concentraban en las ciudades de la costa.

Por otro lado, y quizá lo más importante, las relaciones establecidas por la minería del nitrato eran de tipo industrial, propicias para la acción disciplinada y energética de masas. Cabe agregar que la migración masiva hacia el norte minero estableció una "correa de transmisión" política con el sur: campesinos, obreros y patrones se desplazaban en ambas direcciones, diseminando las ideas y actitudes que afloraban en el salitre, de manera que la demanda de mano de obra generada por la minería mejoró en alguna medida el "poder de contratación" de los asalariados del centro y del sur, tendencia que se robustecía con la persistente y nada insignificante emigración hacia el sur de la Argentina.

Son, sin duda, estas condiciones, bastante originales en el medio latinoamericano de ese tiempo, las que motivaron la temprana emergencia de partidos obreros, de franca definición socialista, aun antes, dicho sea de paso, de la revolución soviética.

LA ENAJENACIÓN DEL SALITRE

Para cerrar estas consideraciones sobre los perfiles y consecuencias del modelo exportador chileno, creemos útil volver sobre ese punto sobresaliente que es la enajenación o "entrega" al interés extranjero de los sectores más productivos del sistema. En otro trabajo,¹⁰ ya planteamos una pregunta básica al respecto: ¿cómo se explica que haya ocurrido tal cosa en relación al salitre después que el país entró en una guerra dura y costosa para defender los intereses chilenos enraizados en esa actividad minera en territorio peruano y boliviano?

La ingerencia del imperialismo inglés en el asunto está demostrada,¹¹ pero los antecedentes disponibles, que no vale la pena repetir aquí, sugieren inequívocamente que el elemento crucial no está en imposiciones o maniobras del extranjero, al estilo colonial, sino que en la propia renuncia o falta de decisión y propósito del grupo dirigente para consolidar el dominio nacional.

Para explicar el fenómeno —y aparte del factor cierto de los agentes británicos y sus altos gestores chilenos— sugerimos algunas hipótesis complementarias y que nos parecen las decisivas.

Por una parte debe figurar la "filosofía económica" del período, aspecto que ya destacamos, que permeaba la mentalidad y orientaba las decisiones de la clase rectora. Según ella resultaba natural y deseable la entrada de los inversionistas foráneos y su control de cualquier activo productivo. A la vez, era imaginable

¹⁰ A. Pinto, *op. cit.*

¹¹ Véase, por ejemplo, Hernán Ramírez, *La revolución de 1891*, Ed. Universitaria.

que el Estado pudiera constituir una alternativa económica y empresarial a la posibilidad anterior. Reformando todo esto está la circunstancia de la dependencia del mercado de capitales ingleses para la fuerte deuda pública—expediente normal y constante en el financiamiento público, a pesar de la bonanza de la exportación, y la consiguiente necesidad de “dar confianza”.

En segundo lugar nos atreveríamos a anotar que en aquella aceptación del dominio y la administración extranjeras es fácil descubrir un sugerente parecido con esa práctica tradicional de los grandes propietarios agrícolas de arrendar sus haciendas, o desligarse de su operación, para radicarse en la ciudad y vivir de sus rentas. En otras palabras, podría apreciarse como otro reflejo del ausentismo latifundista, que en este caso “arrendó” la pampa salitrera para contentarse con el residuo fiscal.

Por último está el hecho obvio, seguramente el fundamental, de que no hubo intereses privados lo bastante fuertes como para afirmar las antiguas posiciones chilenas y tomar bajo su cargo el manejo del grueso de aquella próspera y expansiva actividad minera. Esto es, para decirlo crudamente, no aparecieron individuos o grupos capaces de cosechar todos los frutos de la guerra.

Por la vía de esta observación caemos al discutido aspecto de la “capacidad empresarial”. Y en relación a ella nos damos cuenta de las facetas cuantitativas y cualitativas del problema. Respecto a la segunda, la experiencia anterior y otros indicios que han sido documentados, nos demuestran que no se carecía de empresarios criollos, pero que éstos, en su abrumadora mayoría, poco tenían del organizador de factores productivos y agente del progreso técnico, característico de la sociedad capitalista. Un caso típico es el del famoso “descubridor del salitre” y precursor de la industria que fue José Santos Ossa, cuya regla, al decir de su principal sostenedor financiero, consistía en encontrar nuevos yacimientos, montar una explotación... y seguir hacia adelante. Por otro lado está la circunstancia de que el control nacional de

esa actividad habría requerido una cantidad de empresarios que excedía en mucho a los que se habían interesado, con las anteriores limitaciones, en la minería del nitrato.

No se nos escapa que estas apreciaciones tienen alguna connotación “fatalista”. Pero el problema no debe mirarse desde ese ángulo. Lo que está en el fondo es que la naturaleza del desarrollo económico anterior y de la sociedad “tradicional” que le correspondía, no establecieron las condiciones propias para el control chileno de una actividad de gran envergadura y entroncada en el aparato comercial y financiero del intercambio mundial. En breve, la tarea le “quedó grande” al país.

El desplazamiento de los intereses nacionales de la minería del cobre se presenta con otras modalidades, pero corresponde en su sustancia al proceso anterior. A medida que se fueron agotando las posibilidades de explotaciones fáciles, con bajas exigencias técnicas y elevados rendimientos, disminuyó la importancia de la actividad y se planteó la alternativa del inversionista extranjero. Cuando llega el capital norteamericano, lo hace a caballo de una transformación radical en la escala y en la tecnología, lo que no sucedió, dicho sea de paso, en el salitre, donde lo principal en la absorción extranjera fue la organización y la comercialización de una producción masiva. Es útil insistir que en la experiencia del cobre la deficiencia nacional clave no estuvo en la falta de recursos o de capital. La minería nacional fue extremadamente próspera durante bastante tiempo, pero jamás fue capaz de acumular y de mantenerse al paso de la innovación técnica y de las exigencias planteadas por reservas cada vez menos ricas. En suma, el complejo problema empresarial otra vez.

Retomemos ahora el hilo principal del trabajo. Con las particularidades que se han expuesto, la fase de dinámico crecimiento hacia afuera, que con altibajos pero dentro de una tendencia ascendente se prolonga hasta la primera guerra mundial, acarrió transformaciones importantes en la estructura social, acentuando

la "diversificación" iniciada antes de la incorporación geográfica del salitre.

SE DESPLAZA EL CENTRO DEL PODER

La traducción visible de ese proceso se registra en los años 20. Arturo Alessandri, un político intuitivo, que desertó de la extrema derecha, captó el desplazamiento del centro del poder que implicaba aquel fenómeno. Tomando pie en las convulsiones del sector exportador después de la primera guerra mundial, movilizó y representó otra coalición de fuerzas que empleó a la masa obrera del norte como "carne de cañón" electoral y que impuso a la vieja oligarquía el compartimiento de su tutelaje con los grupos medios, hasta esa etapa manejados como comparsas —a menudo para cumplir los menesteres más ingratos.¹² En verdad, Alessandri no pudo completar ese deslizamiento político, lo que cupo al dictador Ibáñez, que contrapesó la resistencia de la extrema derecha colocando al ejército en el otro platillo de la balanza.¹³

En esta coyuntura de la evolución chilena hay que detenerse nuevamente para examinar con más detalle la trastienda económica de esos cambios en el cuadro de las clases y los grupos políticos.

Lo que interesa subrayar es que aquella, por decirlo así, segunda y más "moderna" diversificación de la estructura social se manifestó y desarrolló prácticamente al margen de mutaciones correspondientes en la

¹² Las primeras "facultades extraordinarias" dictadas a principios de siglo fueron pedidas por un ministro radical. A militantes de este partido cupo la responsabilidad de más de una represión sangrienta en la época.

¹³ Es interesante subrayar esa alineación del ejército en el conflicto social que se repite en ese período en algunos países de América Latina. En el caso chileno es preciso destacar que la impopularidad que acarrió a las fuerzas armadas la crisis de la dictadura en 1931 ha sido un factor importante en la marcada "neutralidad política" que manifestaron con posterioridad.

estructura económica del país. Como dijimos, en esencia sólo constituyó un subproducto del crecimiento vigoroso del sector exportador, primero, y de sus crisis y declinación, después.¹⁴ Esto quiere decir que, a la inversa del modelo clásico europeo, la transformación acusada no tuvo su contrapartida "natural" en otra paralela de la estructura económica, que continuó siendo más o menos la misma en el auge y en la agonía. Mientras que en el primer caso esos estratos básicos de la sociedad moderna —y sus expresiones políticas, que son las clases media y obrera— se desarrollaron al compás de la mutación característica de la "revolución industrial", en Chile lo hicieron a espaldas de cualquiera alteración sustantiva del sistema productivo, salvo en lo que respecta al enclave capitalista-exportador de la minería, y aun en este caso con las excepciones de su naturaleza dependiente y primaria.

Dicho lo anterior es posible evidenciar las dos disociaciones sobresalientes en la realidad chilena de ese tiempo. La primera es la delineada en el párrafo anterior, esto es, la contradicción entre una estructura "subdesarrollada" y una organización sociopolítica "avanzada". La segunda emerge del contraste entre esa estructura del sistema económico y el nivel y composición de la demanda nacional, contraste que resumió el rector Molina en su famosa sentencia "somos civilizados para consumir y primitivos para producir". Como bien se sabe, esta segunda disociación era resuelta con el intercambio de materias primas por bienes elaborados y otras importaciones.¹⁵

¹⁴ La invención del nitrato sintético durante la primera guerra mundial significó la "campanada de muerte", atenuada en los años 20 por el flujo de créditos extranjeros.

¹⁵ Es interesante replantear este análisis en términos de categorías marxistas bien conocidas. Como vemos en la experiencia chilena, cambios en la base económica, dentro del modelo de desarrollo hacia afuera, condicionaron otros en la "superestructura". Pero los primeros no provinieron de lo sustantivo del "modo de producción" que, por decirlo así, se alteró "cuantitativamente" o en extensión y no "cualitativamente".

Estos fenómenos asoman igualmente en otras experiencias latinoamericanas, especialmente en los países del Atlántico sur, aunque en éstos probablemente fue menor la disociación entre aquellos elementos económicos y sociales. Lo particular de Chile, a nuestro juicio, está en dos cosas. Por un lado, en que los factores antes mencionados hicieron emerger una organización sociopolítica extraordinariamente "sofisticada", por completo "a la europea" o mejor, "a la francesa", al menos en su forma¹⁶ y grandes lineamientos, lo que no ocurrió en la Argentina, el Brasil, o el Uruguay. Por el otro, en que la estructura económica, o sea la supuesta base material de todo aquel andamiaje, se modificó menos en Chile que en los países nombrados. No puede olvidarse, por ejemplo, que la industrialización comenzó en ellos a la vuelta de siglo, débilmente sin duda, pero con cierto paso persistente. En cambio, en Chile parece haber habido hasta un retroceso en la fase que precede a la primera guerra mundial.¹⁶ Finalmente, está el hecho ya examinado de la propiedad extranjera del sector minero, y la consiguiente filtración de recursos hacia afuera.

EL GOLPE DE LA GRAN DEPRESIÓN

La "gran depresión", como se sabe, golpeó con más fuerza a Chile que a cualquier otra economía exportadora en el mundo. Esto tiene que mirarse contra el telón de aquellas contradicciones agudas antes destacadas. En breve, la ruptura del sostén económico "dejó en el aire" a la organización social y a las expectativas o en profundidad. O dicho de otra manera, las "relaciones sociales de producción" evolucionaron en el sentido de la organización capitalista, pero el fenómeno no tuvo contrapartida en el sistema económico desde el ángulo fundamental del progreso tecnológico y de los ajustes y mutaciones típicas de la "revolución industrial". Se puso el techo sin haber construido los cimientos del proceso.

¹⁶ Véase A. Pinto, *op. cit.*

económicas que habían surgido de él. Ni el cuadro político ni los patrones de gastos tradicionales tenían cabida en tal coyuntura. Sin embargo, la propia estructura sociopolítica creada impedía "volver atrás" o aceptar las consecuencias del encogimiento de la base exterior, como ocurrió en los países menos desarrollados de la región.

No es raro, por lo tanto, que los primeros años de poscrisis hayan sido marcados por una gran conmoción, que estalla en una inflación aguda y hasta en una "república socialista" de cien días. Sería largo especular sobre las razones de que no haya prosperado una salida radical. Aparte de muchos problemas "subjettivos", como la ingenuidad política de los aprendices de revolucionarios, presos de esquemas fortáneos, calcados del experimento ruso, quizá el principal obstáculo para ello fue la tremenda y congénita debilidad del sistema económico o, si se quiere, del legado del "crecimiento hacia afuera". Por otro lado, la propia "diversificación social" y el consiguiente peso de los "grupos medios" hizo más viable el expediente de una alianza de la derecha y de esos elementos. Atemorizados por el desorden emergente, los sectores partícipes del antiguo *status* se unieron para establecer "disciplina". Había que "ordenar" el reparto de la torta disminuida, salvando para los mejor situados todo lo que fuera posible. Las clases obreras, desorganizadas por la crisis del sector exportador, donde tenían su fuerza, no pudieron más que doblegarse ante la ofensiva.

Sin embargo, el nuevo arreglo, con su cimiento económico gravemente debilitado, no podía satisfacer por mucho tiempo a esos grupos medios representados por los partidos radical y demócrata. La restricción de la actividad del Estado, impuesta por el decaimiento del sector exportador y la ortodoxia financiera, fue el principal factor de alejamiento.

Pero hubo algo de influencia más decisiva en la coyuntura final del decenio de los 30: el cambio en las circunstancias políticas externas. No hay para qué

recordar cosas bien sabidas. Baste señalar que la expansión del fascismo aproximó en todas partes a "demócratas" y "marxistas". Unos relegaron transitoriamente su anticomunismo a segundo plano y los otros adoptaron una versión más holgada de la lucha de clases, subordinándola a la acción contra el "enemigo común".

LA NUEVA COALICIÓN

Chile es uno de los pocos países donde ese nuevo cuadro exterior se tradujo formalmente en la creación de un Frente Popular. Estaban dadas o eran propicias las condiciones internas: existía la estructura partidaria para tal alineación de fuerzas y, por otra parte, la oportunidad coincidió con el divorcio creciente entre los grupos medios y la derecha, a lo que aludimos más arriba.

Antes de analizar más a fondo la fase apasionante que se abre con el triunfo del Frente Popular en 1938, valgan algunas acotaciones marginales.

En primer lugar está el hecho de que la alianza derechista perdió por unos pocos miles de votos —aunque, claro está, disponía de la maquinaria del gobierno, que en ese entonces pesaba más que en el presente. Su derrota se explica tanto por cuestiones de personalidades —su candidato era la imagen ostentosa de la "soberbia oligárquica"—, como por la incomprensión derechista de las repercusiones del cuadro internacional.¹⁷ De todos modos, lo que interesa mantener a la vista es el poderío relativo de la combinación.

El otro aspecto para registrar es que el Frente Popular, a fin de constituirse electoralmente, debió suavizar al extremo todas sus implicaciones izquierdistas, entre-

¹⁷ La derecha nunca fue "infiltrada" mayormente por los fascistas. A pesar de sus simpatías por Franco, resultaron más poderosos sus lazos económicos y culturales con la coalición occidental. El partido nazi que surgió en Chile a mediados de los años 30 tuvo su base en la clase media profesional. Fue, seguramente, junto a los integralistas del Brasil, la organización de este tipo más fuerte e influyente que actuó en la

gando de hecho el control del movimiento a la fracción conservadora y terrateniente del radicalismo.¹⁸ Como sucede en estas alianzas, "el mínimo común denominador" se encontró en el ala más derechista.

A la distancia, y por comparación con gobiernos posteriores, los primeros años "frentistas" son recordados con afectuosa nostalgia por los chilenos de avanzada. Pero es necesario penetrar un poco tras la fachada para examinar los nexos y mutaciones socioeconómicas del período.

Desde el ángulo de los cambios sociales parece evidente que lo principal y duradero de la experiencia fue la oportunidad que estableció para la irrupción y crecimiento de las organizaciones representativas de la masa obrera, incluso la campesina, que quizá por primera vez hace sentir su presencia en el litigio democrático. En verdad, como ya vimos, el proletariado minero y urbano venía gravitando desde antes, pero no como fuerza independiente y legítimada. Las nuevas circunstancias permiten expandirse extraordinariamente a los partidos socialista y comunista. Vale la pena consignar que en las elecciones parlamentarias de 1941 esos dos partidos alcanzaron nada menos que el 32% de los votos. En otras palabras, la izquierda marxista llegó a controlar casi la tercera parte del electorado oficial —o sea, sin considerar analfabetos. Huelga decir que en ningún país latinoamericano ha llegado a darse un fenómeno semejante.

Sin embargo —y he aquí el significativo reverso de lo anterior— aquella marea izquierdista alteró apenas el "sistema de poder", por lo menos en el sentido de trans-

región. Otro signo sugerente de la aptitud chilena para calcar las formas políticas europeas.

¹⁸ El partido radical, a pesar de haber llegado a ser la organización principal de la clase media urbana y burocrática, tuvo desde su origen fuertes soportes en la minería nacional y en terratenientes al sur de la zona central. Estas dos alas, de poca significación cuantitativa en el presente, siguieron ejerciendo una gran influencia en el partido.

ferir a los representantes de la masa popular alguna parte de la influencia efectiva en el manejo del país.

A propósito de esta realidad, en ese entonces, como después en otras coyunturas, fue muy corriente el decir que "la izquierda había ganado el poder político, pero no el económico". Si se entienden las cosas en su acepción sustantiva resulta más apropiado sostener que a pesar de los resultados electorales y la conquista de posiciones burocráticas, generalmente secundarias, la izquierda no llegó a tener siquiera el efectivo "poder político", esto es, los comandos de decisión—cosa que habría sido compatible con el dominio de la derecha sobre el sistema privado de producción, esto es, con su "poder económico".

Lo anterior es explicable si tenemos en cuenta circunstancias ya mencionadas: el estrecho triunfo del Frente Popular, la influencia del ala conservadora del radicalismo, la "moderación" política de la izquierda anarquista y la derivación natural de todo esto: la alianza de hecho de esa fracción rectora del partido de la "clase media" con los representantes o mandatarios de la derecha.

Empero, no debe subestimarse lo planteado más arriba: el Frente Popular, al abrir camino despejado a los partidos jacobinos de la izquierda, cambió el balance de poder del país. Desde luego, la derecha perdió toda posibilidad cierta de ser cabeza o eje de combinaciones políticas. De ese período en adelante, sus únicas posibilidades residieron en actuar "desde atrás del trono" y servir de "segundo violín" en las diferentes asociaciones imaginables.¹⁹

LOS CAMBIOS ECONÓMICOS

¿Qué pasa entretanto en la base económica de este

¹⁹ El triunfo de Jorge Alessandri en 1959 parece refutar el aserto. Pero no hay tal. Su victoria en 1958 se debió a la división del electorado en cuatro posiciones y, además, a que apareció como una figura independiente.

período, que un poco arbitrariamente podemos abrir con la crisis y cerrar con la posguerra, entendido ésta en un sentido lato?

En contraste con las etapas anteriores, aquí podría decirse que—en alguna incierta medida—hay consonancia entre las transformaciones acaecidas en el nivel sociopolítico con las que tienen lugar en la base económica.

Para corroborar este aserto tenemos que partir de aquellas dos disociaciones básicas antes planeadas. Y desde ambos ángulos es posible discernir una atenuación de las disparidades.

Lo fundamental, sin duda, es que se modificó el punto de referencia, la estructura productiva.

Por una parte, desde el lado de la "contradicción económica", ocurre una diversificación del sistema, que se acomoda más cercanamente al patrón de la demanda, esto es, se eleva la capacidad interna para satisfacerla o, dicho de otro modo, en la colocación del rector Molina, se hace más "civilizada", menos primitiva, respecto a los requerimientos domésticos. Esto se manifiesta concretamente en la aparición y desarrollo de una serie de actividades que sustituyen importaciones y que, por lo tanto, permiten cubrir internamente esa demanda que ya no se puede llenar con el intercambio de bienes primarios por manufacturas. En breve, es la industrialización y sus efectos complementarios.

Sucede algo semejante en referencia a la disociación entre las formas sociales y la base económica, por cuanto las mutaciones descritas amplían el cimiento productivo de los grupos medios y de la clase obrera. La diversificación económica acarreada por la crisis del sistema exportador y las restricciones de los años de guerra, derivaron en un aumento de la concentración urbana y del empleo en la industria y en las actividades conexas. Por otro lado, aunque la política general es ampliamente favorable a la minería extranjera de exportación (se le mantiene un tipo de cambio ventajoso y se admite, en aras de la "colaboración al esfuerzo anti-

fascista", la congelación del precio del cobre por los Estados Unidos), se consiguió por la vía de la tributación mejorar la participación del país en el ingreso externo. Esto amplía la base material y se une a una expansión sostenida del gasto y de los servicios públicos. En resumen, todas condiciones auspiciadoras para fortalecer y arraigar la presencia de los grupos medios y obreros, sin olvidar que el proceso permitió insinuarse con alguna faz propia a un embrión de empresariado industrial, que parecía diferenciarse de la derecha convencional.

En la leyenda política chilena se ha establecido una relación causal axiomática entre la evolución económica de esos años y el cambio político. No hay duda que ella tiene algunos fundamentos válidos: el mayor hincapié en la participación del Estado, el incremento de la demanda fiscal, los esfuerzos para mejorar el ingreso asalariado, constituyen elementos significativos del cuadro.

Sin embargo, también hay que justipreciar otros factores. Por de pronto está la gravitación decisiva de la coyuntura exterior: restricción de importaciones, alza del volumen de exportaciones, estímulo consiguiente y "obligado" de la sustitución industrial. La mejor comprobación de tal influencia se encuentra en el hecho de que en toda América Latina se manifiestan parecidas tendencias —y con diversos regímenes políticos.

Por otro lado, el repaso de las inquietudes y direcciones políticas de esa fase induce a pensar que tanto los medios de izquierda como los de derecha tuvieron una conciencia muy vaga de lo que estaba ocurriendo o debía ocurrir en el sistema económico. Si se mira hacia los contingentes del Frente Popular, fácil será apreciar que mientras el ala jacobina concentró sus miras en la política internacional y en las medidas redistributivas, el ala radical-demócrata se dedicó a reforzar sus posiciones en el aparato estatal y a penetrar con esa llave en la fortaleza económica de la derecha, vía instituciones de créditos, controles de cambios, empresas mixtas y otros arbitrios similares.

Claro está que también hubo decisiones en pro del desarrollo y una Corporación de Fomento, precursora en América Latina. Pero la historia fidedigna de estas iniciativas indica que su nacimiento, más que a las directivas políticas "frentistas", estuvo vinculado a un grupo de funcionarios y "tecnócratas", en su mayoría ingenieros, que les dieron forma y las impulsaron, aprovechando el respaldo personal de algunos monitores, como el propio presidente Aguirre Cerda. Sintomático de esta realidad es que la mayor parte de los hombres claves en las decisiones sobre fomento económico —y en el manejo de las instituciones creadas— fue de extracción derechista. Esto no implica ningún abono para los partidos conservadores, que se opusieron cerradamente a esa orientación, aunque con posterioridad no tuvieron empacho en participar y en beneficiarse con ella.

LA CRISIS DEL "FRENTISMO"

No se descubren nexos obvios entre el desarrollo económico y la crisis de la coalición "frentista", que culmina abruptamente en el primer codo de posguerra. La dirección de los hechos económicos no se modificó mayormente. Incluso algunas de las realizaciones más significativas del período, como la siderurgia Huachipato y la refinería de petróleo, pertenecen a la fase en que ya la influencia popular era mínima en el gobierno. Lo que ocurrió es que restaban el impulso y el modelo, ya con muchos intereses atrás. Al igual que en otros países latinoamericanos, ni las mutaciones políticas ni el mejoramiento transitorio del sector externo pudieron revertir el proceso, aunque en muchos disminuyera su ritmo.

Un antecedente sobresaliente en la erosión de la alianza "frentista" es la creciente solidaridad del ala derecha radical con los intereses propietarios. El intervencionismo estatal, en lugar de crear conflictos, estableció puentes entre esas fuerzas. Los consejos de los organismos de fomento, los directorios de empresas para-fiscales y

de agencias de control cambiario o credicio resultaron sitios propicios para olvidar las proclamas políticas que se recitaban en el exterior y para encontrar los muchos puntos de conveniencia común. Todo esto, dicho sea de paso, ante la casi completa indiferencia o desconocimiento de la "izquierda oficial".

Al tocar este tema resulta oportuno volver sobre una referencia que se hizo de pasada a propósito de la flexibilidad de la derecha chilena, condición que tiene mucho que ver con el fenómeno arriba descrito.

Esa flexibilidad se ha manifestado en dos planos principales. Por un lado, en el político, donde resalta su disposición para acomodarse a nuevas situaciones, cambiando la lucha frontal de un comienzo por la retirada posterior a líneas más fuertes, susceptibles de cuidar sus intereses primordiales. Para el éxito de esa conducta ha sido decisiva la expresión social de su ductilidad, esto es, la aptitud para atraer y recibir a los elementos que sobresalen en los cuadros ajenos y que, por supuesto, son asequibles. En Chile ha hecho historia y ha pasado a ser un personaje característico de su constelación política el joven rebelde de pequeña o media burguesía, por lo general provinciano, que es progresivamente "asimilado" por la derecha —aunque ello no implique mudanza en su afiliación partidaria. El fenómeno, como es evidente, se aceleró y extendió grandemente con los cambios en el "balance de poder". La llamada oligarquía abrió más sus puertas, consciente de que por ese medio podía contrarrestar su debilitamiento y abrirse paso más expedito hacia las oportunidades creadas por la intervención estatal. Los otros, a su vez, siguiendo antigua tradición, no vacilaron en trocar influencias o poder por lustre social. Un aspecto digno de subrayarse es que rara vez los escaladores provinieron de o se transformaron en empresarios. La abrumadora mayoría de los políticos que entró al "mundo de los negocios" lo hizo en calidad de consejero, abogado, asesor o cualquier función similar, teniendo como título esencial su acceso y contactos con los mecanismos del Estado.

A *posteriori* es fácil ver que sólo una política resuelta sobre tenencia de la tierra, *v. gr.*, una reforma agraria, podría haber distanciado a radicales y a derechistas o, si se quiere, aproximado a los primeros y a la izquierda. Pero en este punto, aparte de reiterar la afinidad del ala dominante en el radicalismo con la derecha, que componía un balance de poder contrario a tal reforma, hay que dejar en claro que los partidos socialista y comunista, en lo principal urbanos y mineros, tenían un lazo puramente ideológico con campesinos y pequeños propietarios, con quienes no lograron forjar eslabones firmes.

Si examinamos ahora el asunto atendiendo a la "masa radical", hay que tener en cuenta que el sistema imperante, en ese tiempo y con posterioridad, en general mejoró su *status* y su nivel de vida. Este es un hecho obvio que los izquierdistas no quisieron enfrentar, obnubilados por un esquema en que se dividía tajantemente el radicalismo entre una "minoría reaccionaria" y una "mayoría pauperizada y progresista". Lo efectivo, sin embargo, es que una gran parte de los grupos medios vinculados al sector público y al privado, a la vez que elevaron sus condiciones de existencia, ampliaron la brecha que los separaba de la base obrera. Cualquiera breve análisis de la evolución de sueldos y salarios o de la legislación social basta para corroborar ese fenómeno, que se refleja en todos los planos —en la educación, por ejemplo, en el inusitado incremento de la secundaria *vis à vis* el atraso o escaso avance de la primera. Claro está que estas disparidades afectaron con menos claridad a los grupos obreros más organizados que pudieron, en alguna medida, mantener el paso. Y como los partidos de izquierda estaban principalmente vinculados a ellos, esto puede explicar la indiferencia de los mismos ante la progresiva diferenciación entre empleados y obreros en Chile, que es probablemente la más marcada que se registra entre los países más desarrollados de América Latina, por lo menos.

En estas circunstancias, como se ve, no había causa

valedera de que la "masa radical" y sus esporádicos líderes, siempre figuras de segundo orden, se levantara contra su derecha. Por lo mismo, siguió con indiferencia, cuando no con alivio, el desalojamiento de sus ex aliados "frentistas".

Al concentrar la atención en los factores más políticos de la crisis del Frente Popular, vamos a examinar de preferencia los que tienen que ver con los partidos de izquierda, socialista y comunista. Aquí pueden destacarse varios aspectos.

LOS PARTIDOS MARXISTAS

El primero se relaciona con un elemento ya indicado; en conjunto, esas organizaciones resultaron incapaces de sobrepasar los objetivos puramente distributivos y que en definitiva favorecían de manera preponderante a los grupos más organizados del universo asalariado. Con eso fueron construyendo su plataforma de apoyo, tanto más que esa conducta tenía implicaciones inflacionarias perjudiciales para el resto mayoritario de los asalariados.

Si se cala más a fondo en este punto, es posible discernir un fenómeno común a los partidos de ideología revolucionaria que, por una razón u otra, tienen que ajustar su acción al marco institucional existente. Enfrentar el desafío de promover reformas sin devenir "reformistas", en el sentido castrado de la palabra. A la postre, como ha sucedido habitualmente, o caen en la trampa o abandonan o son desplazados del esquema por su impotencia para cerrar la brecha entre la doctrina y las posibilidades objetivas de la situación. Miradas las cosas desde este ángulo adquiere mayor importancia la renuncia de las fuerzas izquierdistas para elaborar una alternativa de "desarrollo económico nacional", que asociara lo inevitable o circunstancialmente necesario de un modelo tolerante de la empresa privada con la creación de bases y la apertura de caminos que perfilaran un norte más afín a sus convicciones.

El segundo aspecto que deseamos poner de relieve se relaciona con la "ascensión y caída" del partido mayoritario del ala izquierda "frentista", el socialista. Quien examine la experiencia chilena comprobará que en esa fase irrumpió uno de los pocos *partidos* verdaderamente "de masas" que ha habido en América Latina, con la ventaja respecto a otros movimientos (como el peronismo o el getulismo) de una mayor consistencia ideológica. Él llegó a representar por sí solo casi el 20% del electorado, y su gravitación aparente excedía a ese porcentaje. Entre 1941 y 1945, sin embargo, su cuota disminuyó al 12% y el declive continuó en los años posteriores. A fines del decenio era una organización por completo marginal.²⁰

Sólo podemos intentar un bosquejo del fenómeno, que probablemente tiene puntos de contacto visibles con lo ocurrido en otros países latinoamericanos.

Aparte de la rapidez de su crecimiento, que tiene lugar en menos de una década, lo que más interesa en el socialismo de esa etapa es su división en dos corrientes principales: una de inclinación "socialdemócrata" y otra apegada al "trotskismo". Sobre decir que ambas eran *energicamente* anticomunistas, actitud que se alimentaba en la pugna ardorosa por el control del mundo sindical. Aunque en este partido repercutieron algunos ecos de la experiencia mexicana y el ideario aprista, nunca llegó a delinearse una traducción chilena de las grandes categorías doctrinarias. De este modo, la "alienación" ideológica, aunque en menor grado que respecto a los comunistas, fue un factor de importancia en su incapacidad para encontrar respuestas nacionales.

Sobre el trasfondo de aquella división de corrientes se pueden discernir las dos fuerzas opuestas que corroyeron la organización. Por un lado se manifestó la descomposición moral y política de los que olvidaron las reformas en el lecho de Procusto del "reformismo". Por

²⁰ Cambia este cuadro en el siguiente decenio, que no es considerado en esta parte del trabajo.

el otro, la ineffectividad y la frustración de quienes no podían conjugar su postura verbalmente revolucionaria con el marco básico de la coyuntura. Los dos grupos, tirando cada uno de su lado, terminaron por destruir la estructura partidaria.

Por último cabe analizar el papel del partido comunista en el proceso. Aunque en escala menos pronunciada que en el caso anterior, ese partido también experimentó un desgaste pronunciado en el período, que ayudó a reducir la gravitación de la izquierda en la constelación política. Entre 1941 y 1945, su votación bajó de 65 a 46 mil votos y su cuota electoral del 14 al 10%. Respecto a esta declinación, que lo mismo que en el caso socialista envuelve también pérdida de una gran oportunidad, la razón principal parece estribar en el peso abrumador que tuvieron las "variables externas" en su pauta de conducta. Los cambios de la situación internacional fueron la brújula de todos sus movimientos estratégicos y tácticos.

En tanto el cuadro exterior reclamaba la acción común contra el nazismo, todas las contradicciones internas se relegaban y con ellas también la posibilidad de cambios progresivos. Asimismo, cuando las circunstancias mudaron, los alineamientos y exigencias de la "guerra fría" pasaron a subordinar cualquier particularidad del panorama nacional.

No es el momento de abundar sobre esta cuestión por demás discutida. Sólo nos interesa que ella implicó para los comunistas una merdiana "pérdida de contacto" con la masa popular, tanto o más preocupada de los nuevos problemas y opciones nacionales que de los lejanos, aunque vitales, eventos extranjeros.

Como se ha visto, el comprensible deslizamiento radical hacia la derecha, sumado a la disminución de influencia de los partidos socialista y comunista causaron el eclipse del Frente Popular. Lo curioso es que no hubo rompimiento estruendoso. Más aún, combinaciones que de hecho o abiertamente se montaron sobre acuerdos entre radicales y los partidos de izquierda se prolongan

hasta fines del decenio. Sin embargo, se rompe el nervio de esas alternativas, el pacto de radicales y comunistas—y violentamente, en 1947, precisamente después que ambos partidos se habían unido para elegir presidente a González Videla. La razón es clara: así como las circunstancias internacionales fueron decisivas para la aparición de combinaciones "frentistas", así también el término de la alianza contra el nazismo y la siguiente "guerra fría" resultaron más influyentes para su crisis que cualquier factor interior.

Recapitulemos ahora—para terminar esta parte—, el lado económico del proceso.

Dijimos antes que en el período que se abre después de la crisis y especialmente después del estallido de la guerra, la estructura productiva se modificó apreciablemente en el sentido de corresponder más de cerca a la "diversificación" social y política. Pero estos términos y su vinculación hay que entenderlos en su realidad dinámica. Esto es, si la primera se hizo más "moderna", también se acentuó la complejidad y "sofisticación" del cuadro social con la gravitación abierta de los grupos medios y obreros y sus organizaciones políticas. Se planeó así una "carrera" entre ambos planos, que puede sintetizarse en una competencia entre el ritmo del desarrollo económico y el del "desarrollo político".

EL FRUSTRADO "TERREMOTO" IRANÍSTA

Quienquiera que hubiera analizado las circunstancias chilenas en los años que eslabonaron el decenio de los cuarenta con el siguiente podría haber presumido que la ruptura del radicalismo con la izquierda daría origen a una alternativa política obvia y, en cierta medida, existente de hecho: la alianza del partido de centro con la derecha.

Los perfiles de la coyuntura parecían muy propicios para ese enlace. La guerra de Corea causó una expansión considerable del comercio exterior, que se pagó por la vía de los gastos fiscales y los créditos

32 APROXIMACIÓN HISTÓRICA

privados a toda la economía. Por otro lado, en parte por ese factor y más aún por haber "madurado" algunas inversiones principales iniciadas en años anteriores—sobre todo en la planta de acero de Huachipato—tuvo lugar un verdadero salto en la producción industrial. En principio, pues, estaban dadas las condiciones para una salida conservadora, que envolviera una consolidación del nuevo "establecimiento" sociopolítico que se había gestado en el segundo quinquenio de los años cuarenta.

Sin embargo, la realidad demolió estruendosamente tan razonables perspectivas. A fines de 1952, el ex dictador Ibáñez, sin contar con el apoyo de ninguno de los grandes partidos, arrasó con sus rivales y con la llamada "voz de las cifras".

A la distancia se pueden recapitular con alguna certeza las raíces del "fenómeno Ibáñez", las cuales dicho sea de paso, nunca quiso estudiar o comprender el oficialismo político.²¹

En el fondo podría distinguirse la fusión de dos elementos claves: una personalidad carismática y la masa heterogénea de los "marginados" de todas las capas sociales, unidos nada más que por su descontento y separados por las más opuestas interpretaciones respecto al sentido e implicaciones de su candidatura común.

Esta combinación de elementos se manifestó con claridad en los primeros años del fascismo y el nazismo, pero no es extraña a América Latina. Perón y Janio Quadros son dos nombres que vienen de inmediato a la memoria, que asocian a parte de la extrema derecha, que anhela un orden autoritario, y a la masa despolitizada, atraída por las facetas populistas, convergiendo ambas corrientes en la antipatía por el "juego político" tradicional y por la inmoralidad en los asuntos públicos. No es una coincidencia que tanto Ibáñez como Quadros levantarán como emblema una escoba.

²¹ ¡Una figura sobresaliente del radicalismo lo interpretó como una manifestación de "450 mil tontos"!

Para esclarecer la relación entre los términos básicos del fenómeno vale la pena recordar que Ibáñez, once años antes, intentó reaparecer en la arena política como candidato de la derecha contra el representante radical Juan Antonio Ríos, que agrupó al frentismo y a una fracción liberal y consiguió derrotarlo con amplitud. De nada valieron entonces el magnetismo del general y las evocaciones del "Chile nuevo" de los eufóricos años finales del decenio de los veinte, lo que es prueba suficiente de que "el horno tiene que estar para bollos" para que irrumpan los caudillos providenciales.

Evidentemente, si en 1941 las condiciones reinantes no eran apropiadas, las cosas habían cambiado mucho en 1952: el mito personalista brotó en terreno abonado.

Una razón meridiana fue el desgaste del radicalismo después de casi tres lustros en el poder. Si bien los años posteriores (1950-1952), como dijimos, se caracterizaron por el dinamismo relativo de la economía, ese "boom" transitorio no consiguió atenuar el disgusto de gran parte de la opinión pública con un régimen que se estimaba huérfano de ideas, carente de solvencia moral, frívolo y zigzagueante. Por otro lado, las ganancias eventuales de esa fase pasaron desapercibidas ante el recrudescimiento de la presión inflacionaria, originado por elementos económicos bien notorios, pero ligado también directamente al debilitamiento de la plataforma política del gobierno y al acosamiento de sus enemigos desde todos los ángulos ante la proximidad de otra elección presidencial.

Hay otro aspecto en la historia del vendaval ibañista que merece recuerdo y análisis: la división de sus adversarios en tres corrientes, que disputaron tanto entre sí como con el triunfador.²²

La significación de este aspecto no radica, a nuestro juicio, en que otra composición de fuerzas podría ha-

²² La derecha levantó a Arturo Matte Larraín; radicales y democristianos a Pedro Enrique Alfonso; y los comunistas y una parte de los socialistas, a Salvador Allende. La otra facción socialista apoyó a Ibáñez.

ber cerrado el camino a la victoria de Ibáñez. Lo que interesa destacar, en cambio, es la reiterada demostración de miopía política ofrecida en esa instancia por los partidos de derecha y el radicalismo. Y decimos reiterada porque ya en 1946 había ocurrido algo similar.²³

En verdad, existían, como se ha visto, condiciones objetivas meridianas para que radicales y derecha llegaran a un acuerdo. Esto se reflejaba hasta en la personalidad de sus candidatos. El radicalismo había elegido a una de sus figuras más conservadoras —amén de respetable. La derecha había salido de sus yermos cuadros partidarios para levantar un candidato ligado a las finanzas y la industria, de visión social amplia y que había colaborado con gobiernos radicales anteriormente.

Sin embargo, pudieron más los exclusivismos partidarios y la insensibilidad respecto a lo que estaba ocurriendo en el subsuelo social con el catalizador ibañista. Es, sin duda, un ejemplo típico y, además, representativo del peso que tiene en Chile la estratificación partidaria.

Por otro lado, debe subrayarse que el divorcio de los sostenes del "establecimiento" infló las proporciones de la victoria de Ibáñez, creando el espejismo de una onda arrolladora que lanzaba por los aires todo lo existente.

La realidad más allá de los cómputos electorales era diferente. El Chile "oficial", de derecha, centro e izquierda, estaba desarticulado y atónico, pero las circunstancias objetivas e institucionales en que afincaba sus raíces ciertamente no habían desaparecido. Más aún, si el peligro no los había unido antes, él estrechaba ahora sus filas, asociando también a la extrema izquierda que tenía pesadillas con el fantasma de una segunda edición de la dictadura.

²³ En las elecciones de ese año, los partidos de derecha se dividieron entre Eduardo Cruz-Coke (conservador) y Fernando Alessandri (liberal). Una fracción radical apoyó al segundo, en tanto que el grueso del partido respaldó a Gabriel González.

Vale la pena anotar que la realidad descrita se encontraba reforzada por una característica del proceso político que, por desgracia, no es exclusiva de Chile. Nos referimos al hecho de que no estando sincronizadas las elecciones presidenciales con las de parlamentarios y regidores, es corriente que cada mandatario elegido tenga que lidiar con agrupaciones hostiles o, por lo menos, divorciadas de la combinación que llega a La Moneda. El sistema, aparte de reducir el dinamismo de los nuevos gobiernos en su coyuntura más propicia, es un horno auspicioso para calentar tensiones y abrir camino a todos los juegos paralizantes de la política personal y de capillas.

Con ese cuadro al frente, es razonable presumir que la única oportunidad hipotética que tenía el ibañismo para asentar su triunfo residía en aprovechar el golpe electoral para desencadenar de inmediato una acción de corte revolucionario capaz de montar las bases de otra estructura de poder.

Pero esta alternativa encarába obstáculos diversos y poderosos. El primero, de naturaleza política, ya fue delimitado: la "santa alianza" emergente de todas las agrupaciones que, por razones distintas, querían defender la institucionalidad vigente.

El segundo, también mencionado antes, provenía de la debilidad orgánica del movimiento triunfante: macizo en apariencia pero heterogéneo hasta la caricatura, sin equipos dirigentes y carente en absoluto de cualquier esquema o programa de conducta.

Por último está el hecho de que la situación económica se deterioró abruptamente en 1953. El comercio exterior perdió entonces el impulso originado en el conflicto de Corea y sufrió las consecuencias de la segunda contracción de posguerra de la economía de los Estados Unidos. Gobierno y Congreso, como de costumbre, habían girado sin prudencia sobre las ganancias del auge anterior, de modo que la mudanza de circunstancias causó un efecto considerable, acelerándose el ya fuerte ritmo de la inflación.